

se reflejaba la alarma al ver que apenas abrió la boca reinaba un silencio impresionante, y todas las miradas estaban fijas en ella —. Y, cosa curiosa, así al menos me lo parece, todos los poemas son de peces y pescados... ¿Sabéis o podríais decirme a qué se debe esa afición a los peces en estos barrios?

Al hablar así se dirigía a la reina roja, cuya respuesta estuvo por cierto un poquito fuera de lugar.

—¿De peces? —dijo con mucha calma y solemnidad, acercando su boca a la oreja de la niña—. Pues a su majestad blanca, y a propósito de pescados, sabe unas preciosas adivinanzas... ¡Todas en verso! ¡Todas sobre peces!... ¿Puede recitarlas?

—Su majestad roja es muy amable al mencionarlas —murmuró agradecida la reina blanca junto al otro oído de Alicia; su voz era tan dulce que parecía el arrullo de una paloma—. ¡Tendría tanto placer en que me las oyese! ¿Puedo?

—¡Sí, por favor! —contestóle Alicia muy cortésmente. ¿Cómo iba a negarse?

La reina blanca se sonrió complacida, dió a Alicia un golpecito en la mejilla, y empezó:

*Al pez, primero hay que pescarlo...  
Eso es muy fácil, un niño puede hacerlo.  
Después al pez hay que comprarlo...  
Con un penique puedes obtenerlo.  
¡Ahora que me frían el pescado!  
Es fácil, un minuto es suficiente.  
¡Pónganlo en una fuente con cuidado!  
¡Es fácil! ¡Ya está puesto en una fuente!  
¡Que lo traigan y déjenme que cene!  
¡Es fácil! ¡Helo aquí sobre la mesa!  
Sacar la cobertera ahora conviene...*

*¡Ya es algo más difícil tal empresa.  
¡Tira con fuerza de la tapadera!  
Parece que con cola está esto fijo.  
¿Qué es más difícil yo saber quisiera:  
Descubrir ese pez, o el acertijo?*

—Tómame un minuto para reflexionar y adivínalo —dijo la reina roja—. Y entretanto beberemos en tu honor. ¡Reina Alicia, a tu salud! —gritó con todas sus fuerzas.

Al instante todos los comensales empezaron a beber, si bien de una manera muy particular. Algunos pusieron los vasos sobre la cabeza como si fueran apagacandelas, y bebieron el líquido que se derramaba sobre sus rostros; otros volcaban los jarros y se bebían el licor que iba cayendo por los bordes de la mesa. Tres de ellos, muy semejantes a canguros, gateaban dentro de la fuente del asado, lamiendo la salsa con fruición «como cerdos en una artesa», según palabras de Alicia.

—Debes darles las gracias con una frase bonita —díjole la reina blanca, con el ceño fruncido—. Y tendremos que sostenerte —cuchicheóle, al tiempo que Alicia, muy obediente, se levantaba, aunque algo asustada.

—No os molestéis —murmuró al sentirse sujeta por ambos lados—. Puedo hacerlo perfectamente sola, no me sostengan.

—¡De ninguna manera! —exclamó con decisión la reina roja.

Alicia no tuvo más remedio que someterse.

—Me apretaban tanto —decía luego al referir a su hermana el incidente —, tanto, que hubieras imaginado que querían aplastarme.

En realidad, no era cosa fácil mantener el equilibrio mientras pronunciaba el discurso de agradecimiento.